

## Los inestimables beneficios de la liturgia

† *Dom Gérard Calvet, O.S.B.*<sup>1</sup>

Los jóvenes que vienen a hacer un retiro a la abadía nos preguntan a menudo por qué damos tanta importancia a la liturgia en nuestra vida monástica. Dejemos que sea uno de nuestros novicios, hoy monje y sacerdote, quien nos lo explique, ya que él mismo pasó por duras pruebas durante su noviciado. Un día nos confió: «No habría perseverado en mi vocación si, cada día del año, por la gracia de la santa liturgia, Dios no me hubiera tendido una mano amiga». Esto es lo que cada uno experimenta en nuestros monasterios, de forma más o menos confusa: la liturgia ejerce en lo más profundo de nuestras almas una especie de encanto seductor. Día tras día, se oye una voz con una dulzura y una entonación infalibles, que ilumina las almas desde dentro con una sucesión de ligeros toques.

A continuación, veremos que la liturgia es esencial para la vocación monástica como despliegue natural de la gracia bautismal. Si hay una primera felicidad en saber que se está insertado para siempre en la familia de los hijos de Dios, hay otra felicidad aún mayor, que es la de convertirse en cantor de la gloria divina y recibir como por adelantado algún rayo de esa luz de lo alto. Así es como el monje, por medio de símbolos, signos, sacramentos y sacramentales, entra en el júbilo de la Iglesia, a través del drama sagrado de una liturgia inmemorial, latina y gregoriana. Si tuviéramos que resumir todos los beneficios que nos aporta la asistencia diaria a la oración pública de la Iglesia, deberíamos reducirlos a cuatro puntos esenciales:

- el recuerdo incesante de la trascendencia divina,
- el poder atractivo de la belleza litúrgica,
- el sentido de la Iglesia,
- la educación del hombre interior.

### **1. En primer lugar, la trascendencia divina.**

El hombre solo es verdaderamente él mismo cuando adora. La adoración es el signo por el cual la criatura se identifica y se resume. Durante miles de años, la humanidad ciega avanzó hacia Dios a tientas y, a pesar de errores inimaginables, se mostró invariablemente fiel al austero deber de la adoración. Que se mezclara mucho temor servil en el acercamiento a la divinidad, vale. Pero aún así había una humilde confesión de un vínculo de dependencia en el que no todo sonaba falso: la religión de la Antigüedad tenía valor de espera. Recordamos el famoso episodio de la estela dedicada al Dios desconocido, que san Pablo utilizó para entablar diálogo con los atenienses

---

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada en el primer coloquio del CIEL, Notre-Dame-du-Laus, 1995.

(Hechos, 17, 23). Parecería que Dios prefiriera ser adorado sin ser conocido, antes que ser conocido sin ser adorado, **porque** entonces se trataría de un conocimiento falso, de una noción degradada y engañosa de la divinidad. Aquí se reconoce todo el drama del mundo moderno.

¿Cómo definir la adoración? En su sentido más amplio, es una sumisión libre y amorosa de todo el ser a la trascendencia divina, mediante la cual el creyente reconoce los derechos soberanos de Dios sobre su criatura. Pero lo que la Revelación aportó de original marcará un hito. En primer lugar, la noción de lo sobrenatural: la divinidad dejará **de** aparecer como una fuerza superior situada en la cima de la serie ascendente de las fuerzas de la naturaleza, y se situará en un plano infinitamente superior al orden natural.

Hay que evitar cualquier riesgo de banalización de esta palabra; sobrenatural no es sinónimo de insólito o maravilloso. Designa una realidad situada infinitamente por encima de las concepciones naturales que el hombre puede tener de la santidad. La palabra *sanctus* significa separado. Hay en el Evangelio una palabra muy fuerte: «Vosotros sois de abajo; yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo» (Juan 8, 23). A continuación, como segundo efecto de la Revelación, este Dios tres veces santo se revela como Padre: lejos de aplastar o aterrorizar, eleva a su criatura a la dignidad de hijo. La adoración no excluye la ternura. Tal será el privilegio del orden litúrgico.

El olvido de la trascendencia divina ha sumido al mundo en una situación dramática, es el comienzo de la gran apostasía anunciada por las Escrituras, y el estado actual del mundo es inferior al de la Antigüedad porque su rechazo a Dios hace **que** ya ni siquiera sea el mundo de la espera, sino el mundo del rechazo. El mundo actual se está muriendo por la desaparición de lo sobrenatural. Culto al hombre, hipertrofia de lo social, afirmación del yo; ¿quién puede pretender que este naturalismo no ha penetrado en la forma de rezar del hombre moderno? Esto se manifiesta de las formas más diversas: ansia de novedad y de adaptación; invasión de la música moderna y de las lenguas vulgares (¡oh, cuánto!, decía Marie Noël); inculturación, que ahoga la inmutable oración de la Esposa en la corriente siempre cambiante de la sensibilidad del día; y, por último, la creatividad, que es una de las formas más sutiles **del** orgullo humano. Resumamos en una palabra: el hombre moderno cede a la tentación de adaptar la religión al hombre en lugar de adaptar, como la Iglesia lleva siglos intentando hacer, al hombre a la religión.

Al dar decididamente la espalda a estas tendencias naturalistas, nos resultará fácil percibir que la expresión litúrgica, al trascender las modas y los particularismos, es, por esencia y por vocación, perfectamente adaptada a lo más esencial y profundo que el hombre lleva en sí mismo: el instinto de lo sagrado, la sed de adoración. Lo que nunca ha ascendido a Dios nunca descenderá a los hombres. «El que es de la tierra es terrenal, y terrenal es también su lenguaje» (Juan 3, 34). El lenguaje litúrgico debe descender de Dios, si queremos que nos eleve hacia Él.

Como remedio a estas desviaciones, la Iglesia nos ofrece el teocentrismo de su oración. El altar, el sacerdote y los fieles deben volverse en espíritu de adoración hacia la majestad infinita de

Dios. Nuestra liturgia es esencialmente adoradora. La «misa frente al pueblo» es una ineptitud. «Hay peligro, dice el cardenal Ratzinger, cuando el carácter comunitario tiende a transformar la asamblea en un círculo cerrado. Hay que reaccionar con todas nuestras fuerzas contra la idea de una comunidad autónoma y autosuficiente: la comunidad no debe dialogar consigo misma; es una fuerza colectiva orientada hacia el Señor que viene». (*Entretiens sur la Foi*). ¿Qué hay más normal que los lectores de la epístola y del evangelio se presenten ante los fieles que los escuchan? Pero luego, tan pronto como comienza la parte sacrificial, el celebrante sube al altar y, volcado hacia el Dios tres veces santo, ofrece la víctima propiciatoria. En *el Te igitur*, el sacerdote levanta los ojos hacia la cruz y se inclina profundamente en actitud de adoración y reverencia. A continuación, se presenta hacia el oriente, frente al Señor crucificado, que es también el Señor de la gloria, porque es desde el oriente desde donde volverá el Hijo del Hombre, rodeado de sus ángeles con gran poder y majestad.

Segundo aspecto de esta orientación: cada mañana, el celebrante se vuelve hacia el sol naciente como hacia la más bella imagen cósmica de Cristo resucitado, nacido eternamente del Padre y renacido sin cesar victorioso en el corazón de los bautizados. El silencio mismo, cuando sigue al canto coral, es un silencio de adoración en el que toda palabra creada se borra ante el Creador. El primer beneficio de la liturgia es su teocentrismo. Veamos lo que dice al respecto el padre Bouyer: «¡Cómo sería deseable que la cristiandad recuperara este sentido primigenio de la misa: este sentido teocéntrico, esta reorientación de toda la humanidad, del universo entero, hacia su único y auténtico hogar; este retorno universal operado en Cristo crucificado y ascendido al cielo; esa recuperación de todas las cosas en la inmensa corriente del amor divino, que finalmente refluye en amor filial hacia la fuente paterna» (*Le Sens de la Vie monastique*).

## **2. El poder atractivo de la belleza litúrgica**

Pero la adoración no implica aniquilación. La belleza de los ritos sagrados ennoblece las almas, las eleva ejerciendo sobre ellas una suave atracción del Cielo. La verdadera tradición no es triste. Nuestras misas abaciales dominicales lo dicen claramente. Duración: dos horas; nadie, ni niños ni adolescentes, muestra signos de impaciencia. ¿Por qué? Mac Nabb, historiador de las religiones, da la respuesta; señala que se entra en la Iglesia por dos puertas: la puerta de la inteligencia y la puerta de la belleza. La puerta estrecha, dice, es la de la inteligencia; se abre a los intelectuales y a los sabios. La más ancha es la de la belleza. Henri Charlier decía en el mismo sentido: «Hay que perder la ilusión de que la verdad puede comunicarse con fruto sin el esplendor que le es propio y que llamamos bello» (*L'Art et la Pensée*).

La Iglesia, en su misterio impenetrable de esposa de Cristo, *Kyrios* de Gloria, necesitaba una epifanía terrenal accesible a todos: esta sería la majestuosidad de sus templos, el esplendor de su liturgia y la dulzura de sus cantos. El año pasado observé a un grupo de jóvenes oficiales de la marina japonesa visitando la catedral de París. Sus miradas se detuvieron en la altura de las

bóvedas, el esplendor de las vidrieras, la armonía de las proporciones. Supongamos que en ese momento, los oficiantes, vestidos con capas de terciopelo y oropel, entran en procesión para las vísperas solemnes. Los visitantes miran en silencio; están sobrecogidos: la belleza les ha abierto sus puertas. Ahora bien, la *Suma* de Santo Tomás de Aquino y Notre-Dame de París son dos arquitecturas contemporáneas. Dicen lo mismo. Pero ¿quién de entre los visitantes ha leído la *Suma* de Santo Tomás? El mismo fenómeno se repite a todos los niveles. Los turistas que visitan la Acrópolis de Atenas reciben el impacto de una civilización de la belleza. Pero, entre ellos, ¿cuántos comprenden a Aristóteles?

Lo mismo ocurre con la belleza litúrgica. Más que ninguna otra, merece ser llamada la esplendor de lo verdadero. Abre a pequeños y grandes los tesoros de su magnificencia: la belleza de la salmodia, el canto y la literatura sagrados, las luces, la armonía de los movimientos, la dignidad del porte. Con un arte soberano, la liturgia ejerce una verdadera seducción sobre las almas, a las que conmueve directamente, incluso antes de mover las energías del espíritu. Pero es un arte delicado, antípoda de cierta liturgia posconciliar, «que se ha vuelto opaca y aburrida, por su gusto por lo banal y lo mediocre, hasta el punto de dar escalofríos». (Cardenal Ratzinger, *Conversaciones sobre la fe*) Temamos también a la raza de animadores que se dedican a introducir novedades en la celebración para hacerla más atractiva. Es de nuevo el cardenal Ratzinger quien nos advierte: «La liturgia no es un espectáculo, un espectáculo que necesite directores geniales ni actores con talento. La liturgia no vive de sorpresas «simpáticas», de «hallazgos» cautivadores, sino de repeticiones solemnes». (*Ibidem*)

Hablemos un poco sobre la solemnidad. Sobre todo, no hay que confundirla con el decoro. Lejos de ser una carga, la solemnidad de los ritos pretende expresar con transparencia el esplendor de lo sobrenatural. Al alcanzar cierta altura, toda liturgia sagrada tiende, mediante un ritual, a sacarnos de lo mundano y cotidiano, no con un fin estético, sino para sugerir a los fieles que la acción que se está llevando a cabo proviene de Dios. La majestuosidad del despliegue litúrgico no tiene otro fin, significa que algo celestial toca la tierra. San Gregorio, el gran papa benedictino del siglo VI, lo escribió en sus Diálogos: «En la hora del sacrificio, el cielo se abre a la voz del sacerdote; en este misterio de Jesucristo, los coros de los ángeles están presentes, lo que está arriba se une a lo que está abajo, el Cielo y la Tierra se unen, lo visible y lo invisible se convierten en uno» (IV, 60).

La solemnidad del culto es parte integrante de la liturgia católica y debe cultivarse como un elemento de su propio mensaje, siempre y cuando esta solemnidad no caiga en lo pomposo y lo manierista. El éxito supremo de la ornamentación es encajar tan bien que pase desapercibida. Pero las acusaciones de triunfalismo son un insulto a la alegría de los pobres, a quienes les gusta ver exaltada la grandeza. He aquí lo que piensa al respecto el cardenal Ratzinger: «No hay rastro de triunfalismo en la solemnidad del culto con la que la Iglesia expresa la gloria de Dios, la alegría de la fe, la victoria de la verdad y la luz sobre el error y las tinieblas. La riqueza litúrgica no es la

riqueza de una casta sacerdotal; es la riqueza de todos, también de los pobres, que la desean y no se escandalizan en absoluto por ella» (*Ibidem*).

¿Queremos comprender plenamente el poder convertidor de la belleza litúrgica? Nada es más esclarecedor sobre este tema que la sabrosa *Crónica de Néstor*. Cuenta que, cuando el príncipe Vladimir de Kiev, aún pagano, quiso adorar al Dios único, escuchó a musulmanes, judíos y griegos, que acudieron a exponerle cada uno su religión. Así pues, envió una embajada de diez hombres para que vieran con sus propios ojos cómo cada uno de los solicitantes practicaba su liturgia. Después de visitar las mezquitas de los búlgaros, llegaron a Constantinopla.

El emperador de Bizancio, cuenta Néstor, envió un mensaje al patriarca diciendo: "Han llegado unos rusos con la intención de estudiar nuestra religión; prepara la iglesia y a tu clero, vístete con tus ropas pontificias para que vean la gloria de nuestro Dios". Entonces el patriarca llamó al clero; se celebraron las solemnidades según la costumbre, se quemó incienso y se cantaron coros. Y el emperador fue con los rusos a la basílica, y los hicieron sentarse en un lugar desde donde se pudiera ver bien; luego les mostraron las bellezas de la iglesia, los cantos y el servicio del obispo, el ministerio de los diáconos, explicándoles el servicio divino. (...) De vuelta en su país, dijeron a los príncipes y a los boyardos: «Primero fuimos a Bulgaria y observamos cómo adoran en sus templos; se mantienen de pie sin cinturón; se inclinan, se sientan, miran aquí y allá como poseídos, y no hay alegría entre ellos, sino una tristeza y un hedor espantosos. Su religión no es buena. Entonces fuimos a Grecia y nos llevaron al lugar donde adoran a su Dios. Desde ese momento, ya no sabíamos si estábamos en el cielo o en la tierra, porque no existe tal espectáculo aquí abajo, ni tal belleza. No somos capaces de describirlo, pero solo sabemos que es allí donde Dios habita entre los hombres, y su oficio es más maravilloso que en otros países».

La lección se desprende por sí sola. La liturgia hace más que describirnos las maravillas de la Patria celestial. Nos abre las puertas del Reino. El hombre penetra en él en cuerpo y alma: la vista, el oído, el olfato, todo le habla de Dios. Pero ¿cuántos de nuestros contemporáneos y, por desgracia, cuántos hijos de la Iglesia saben que ahí tienen la llave de oro del Paraíso?

### **3. El sentido de la Iglesia**

Lo que los teólogos llaman *sensus Ecclesiae* es una sensibilidad sobrenatural por la que los fieles sienten como por intuición lo que es conforme a la fe y a la tradición de la Iglesia. Un poco como los hijos de una familia sienten lo que está en consonancia o en oposición con el espíritu de la casa: «En nuestra casa no se hacen cosas así», dirán. Del mismo modo, el «sentido de la Iglesia» no será fruto de una enseñanza didáctica, sino el efecto de un instinto superior, a menudo reservado a los más desfavorecidos, que la práctica multisecular de la liturgia ilumina desde dentro para hacerles sentir cómo dar testimonio de su fe, incluso en presencia de mentes más sabias.

A veces nos preguntamos cuáles son las causas que permiten mantener la fe en tiempos de persecución, especialmente en aquellas regiones del mundo en las que la religión se ve privada de

sus medios externos de expresión, como la libertad de prensa y de predicación. Esto es lo que dijo Máximo V, patriarca melquita, en el I Sínodo de los Obispos (1977) dedicado a la catequesis: «Lo que ha conservado la fe de los fieles durante los siglos de persecución musulmana es la celebración de la divina liturgia».

El mismo fenómeno se observó en los países del Este: el bautismo y la Eucaristía constituyeron para la fe el único pero irreprimible apoyo con el que se topó el aparato comunista. Aquí se pone de manifiesto el carácter social y misionero de la liturgia: ejerce un ministerio de reunión en torno a un punto fijo, retiene a los fieles en la pendiente del olvido y la deriva, es, según Dom Guéranger, la Tradición en su más alto grado de poder y solemnidad. El abad de Solesmes, citando a Bossuet en varias ocasiones, se refiere a la liturgia como «el principal instrumento de la Tradición», mostrando que puede llamarse «la Tradición profesada» frente a las propuestas de los concilios que representan «la Tradición definida». El padre Clérissac relata que en la Edad Media un judío pidió el bautismo porque se había dado cuenta de que el lirismo de la sinagoga había pasado a la liturgia de la Iglesia. Para que la Iglesia de Cristo se distinga de las demás religiones, es necesario que su oración y sus sacramentos se envuelvan en un velo lo suficientemente transparente como para dejar entrever el misterio de sus orígenes. Razón profunda de una lengua sagrada: no solo expresar la universalidad de una religión, sino servirle de referencia fija en el flujo cambiante de la historia.

Los papas saben muy bien que el pueblo no lee las encíclicas. Cuando Pío XI escribió *Quas Primas*, su gran encíclica sobre Cristo Rey, tenía la intención de combatir lo que él llamaba la plaga del laicismo. Sin embargo, el propio texto de la encíclica contenía el anuncio de una nueva fiesta en honor a la realeza social del Redentor. Así justificó Pío XI la introducción de esta misa, desconocida hasta entonces, en el ciclo del año litúrgico: «Para penetrar en el pueblo las verdades de la fe y elevarlo así a las alegrías de la vida interior, las solemnidades anuales de las fiestas litúrgicas son mucho más eficaces que todos los documentos, incluso los más graves, del magisterio eclesiástico: estos suelen llegar solo a unos pocos y a los más cultos (...), mientras que aquellas extienden su influencia saludable al corazón y a la inteligencia, es decir, a todo el hombre».

Aquí se aprecia el estrecho vínculo que une la fe y la liturgia. Con la liturgia, entro en el ser de la Iglesia, en su santuario íntimo. Veo que viene de Dios, por lo que sabe mejor que yo cómo creer, cómo hablar con Dios, cómo comportarse ante la majestad divina, y cuando digo el amén que concluye sus oraciones, suscribo un pensamiento objetivo que hago mío y que me supera infinitamente. Así se adquiere poco a poco ese instinto sobrenatural que llevará naturalmente a los fieles al *sentire cum Ecclesia*: el gusto por sentir y pensar con la Iglesia.

Cuando, en los terribles años 70 posteriores al concilio, un clero devastador se burlaba de las genuflexiones, los ritos sagrados, el canto gregoriano, el culto a los ángeles y a los santos, lo que salvó la fe del pueblo cristiano fue el amor por esas cosas sagradas que la liturgia había encendido en los corazones. Y la propia Iglesia, tan atacada y, a veces, ¡ay!, tan mal representada, ¿cómo

podríamos mantener nuestra admiración y nuestro amor por ella, si no fuera por la suave y continua influencia de su oración y sus sacramentos? Es ahí donde la reconocemos como Virgen y Madre, compuesta de pecadores pero sin pecado, inmersa en el tiempo pero perteneciente ya a la eternidad por la atracción que ejerce sobre su Cuerpo el Jefe que ha alcanzado la gloria.

¿Cómo podrían los fieles y los incrédulos reconocer el rostro de *la Ecclesia Mater* si ella misma no demostrara constantemente lo que podríamos llamar su poder de santificación? Dom Vonier señala: «El poder que tiene la Iglesia católica para santificar es realmente prodigioso; no lo oculta; lo proclama ante el mundo entero; cumple su misión especial, de manera magnífica, como reina del mundo espiritual. La consagración o dedicación de una iglesia es la contrapartida, inspirada por Dios, de los esfuerzos del espíritu impuro, cuya imagen nos ha dado Cristo en el Evangelio. La Iglesia asalta la construcción material terminada, entra en ella con gloria y gracia, e invita a sus hijos a seguirla y a encontrar descanso para sus almas en una casa reservada a la santidad». (*Christianus*)

Si preguntamos a los conversos, sus testimonios siempre irán en la misma dirección: «El joven que era a los dieciocho años, que buscaba su camino en una gran oscuridad, en busca de una verdad que intuía confusamente —una verdad viva, hecha para el alma y no solo para la mente—, tuvo la revelación de la santidad a través del canto gregoriano. (...) En su desnudez y simplicidad, el canto gregoriano me llevaba mucho más lejos que la música humana, me hacía vislumbrar la realidad de esos misterios que yo no sospechaba; me llenaba de esa «plenitud de Dios» de la que habla san Pablo; me decía que esa plenitud era para mí si yo quería; tenía la certeza de que era Dios mismo quien me hablaba a través de ese canto». (André Charlier, *Le Chant Grégorien*)

Dom Grammont, al término de una misa solemne a la que asistían pastores protestantes, observó que uno de ellos, muy emocionado, se dirigía hacia él exclamando con entusiasmo: «¡He visto la Iglesia!». La había visto a través del despliegue de su tradición más pura y antigua. Es a través de las palabras, los cantos y el ritual inmutable de la liturgia que el alma cristiana se conecta con una patria que trasciende los siglos.

#### **4. La educación del hombre interior**

Lo más oculto y secreto que hay en cada uno de nosotros, lo que se esconde a la vista de los hombres y da verdadero sentido a la vida, la perla preciosa, el tesoro escondido en el campo, que buscan los contemplativos y, una vez encontrado, no querrían perderlo por todo el oro del mundo, es el descubrimiento del Dios interior.

El mayor beneficio de la liturgia, y su razón de ser más profunda —pues la belleza sacra no es un fin en sí misma—, es introducirnos con mano segura en el santuario del alma, donde se desarrolla el único drama verdaderamente esencial de la existencia humana: el crecimiento de nuestra vida sobrenatural.

Aparte de las carmelitas, esos ángeles del cielo prisioneros del tiempo, a quienes una vocación especial llama a buscar a Dios sin imágenes, la mayoría de nosotros tendremos que recurrir al inmenso tesoro de signos, palabras y acciones rituales para alimentar nuestra meditación. Durante dieciséis siglos, la Iglesia ha enseñado a sus hijos el difícil arte de rezar, no con ayuda de los esfuerzos humanos, sino mediante una pedagogía divina cuyo secreto solo ella conoce.

El gusto por la oración y la plegaria silenciosa no se adquiere a base de razonamientos; es aprendiendo a fundir el movimiento interior de nuestra alma con el de la Esposa de Cristo como se penetra en Dios.

Escuchemos a un abad hablar a sus monjes: «La oración tal y como la concibe san Benito tiene como tema el texto mismo de la Obra de Dios. Brota de las entrañas del Oficio divino. Déjense llevar. Luego, sigan bebiendo de lo que han recogido durante el Oficio. Dios se ha inclinado en ese momento. En silencio, interrogad las ideas así sembradas. La oración es la nota íntima de la Obra de Dios durante su celebración, para convertirse luego en su eco prolongado, el perfume precioso, el fruto personal adecuado a las disposiciones y necesidades de cada uno según la conducción del Espíritu Santo. Como la Obra de Dios se repite siete veces al día y una vez por la noche, el río de la oración fluye sin cesar entre los hijos de San Benito, y el alma que permanece constantemente en su bendita orilla puede beber de él a grandes tragos, de modo que siente su saludable frescura desde la mañana hasta la noche y desde la noche hasta la mañana». (Dom Romain Banquet, *La Doctrina Monástica*)

Dom Delatte no hablaba de otra manera. Al evocar *L'Année Liturgique*, la gran obra de Dom Guéranger, subraya en pocas palabras cuál fue el secreto de su influencia: «Sin duda, las revoluciones hacen más ruido, las obras humanas suelen tener más brillo, mientras que el bien sobrenatural se realiza sin ruido y se esconde en el silencio. Pero ¿quién podría calcular la suave y tranquila penetración de esta enseñanza universal de la que las almas, una vez que la han probado, ya no pueden prescindir, como si reconocieran en ella el acento de la Iglesia y el sabor de su bautismo?». En cuanto a la meditación de los textos litúrgicos, la define con un trazo rápido: recoger de los labios y del corazón de la Iglesia el pensamiento de Dios.

Esto no solo es válido para los religiosos. Georges Bernanos, un hombre muy arraigado en su siglo, fue un ejemplo vivo de ello: la vida interior que brotaba de las fuentes de la liturgia hizo que pasara de ser un brillante panfletista a convertirse en un escritor del alma. Así lo describe Bruckberger: «Todos los días leía el periódico y escuchaba la radio. Sin embargo, cada mañana, pasara lo que pasara, había media hora reservada, sagrada. Antes de que la casa se despertara y se llenara de bullicio, leía en su viejo misal gastado la misa del día en latín, con toda la concentración de mente y alma de la que era capaz: este predestinado había recibido el privilegio divino de la atención. Se alimentaba ávidamente de las fórmulas inmutables de la liturgia, encontrando en ellas cada mañana el brillo de lo nuevo: cada mañana, era solo a él a quien se le decían esas palabras por

primera vez en toda la historia del mundo, era su pan de cada día y supersustancial. Así comenzaba su día. Los domingos iba a misa con toda la familia y solía comulgar». (*Bernanos Vivant*).

Pero la educación del hombre interior no solo se debe al ambiente tranquilo y recogido de los oficios de la Iglesia. Existe, como un acumulador de energía, la presencia casi sacramental de Cristo insertada en los misterios del año litúrgico.

¿Qué son los misterios? Son acciones de Cristo Jesús realizadas en un momento determinado, como su pasión, resurrección y ascensión, abolidas para siempre en cuanto a su historicidad, pero prolongadas y transmitidas durante la acción sacrificial, a modo de una estrella extinguida hace miles de años, cuya luz sigue brillando en la noche; así, Cristo, en sus diferentes misterios, viene al encuentro de las almas a lo largo del año litúrgico para recrearlas a su imagen. Esta obra de identificación con Cristo encontró en Dom Delatte acentos admirativos para exaltar «la belleza sobrenatural, esa perfecta semejanza con Él que toda la economía sobrenatural se esfuerza por grabar, esa huella divina que el golpe del péndulo litúrgico imprime perpetuamente en nuestras almas». Así pues, veremos en el desarrollo del año litúrgico no una representación fría e inerte de la vida de Nuestro Señor, sino una irradiación de la persona del Redentor que revive en cada uno de los fieles la acción salvadora de su pasión y su ascensión a la gloria. Así, concluye San León, lo que era visible en la vida de nuestro Redentor ha pasado a los misterios: *Quod itaque Redemptoris nostri conspicuum fuit in sacramenta transivit*.

Para los Padres, las palabras *mysteria* y *sacramenta* son sinónimos. Designan una acción sagrada en la que la obra de nuestra redención se hace presente, no como lo haría un emblema puramente simbólico, sino como la envoltura ritual de una realidad inefable. Esta doctrina del realismo sacramental es de gran interés para la vida de oración. Se perdió de vista en el siglo XVI para insistir en el esfuerzo individual y psicológico, en detrimento de una piedad objetiva, centrada en los misterios. Cuando la liturgia pascual se apodera de la Escritura, no solo pronuncia un relato propicio para la meditación personal a la que cada uno puede entregarse posteriormente, sino que realiza una presencia actual del Señor con la que podemos comulgar a lo largo de todo el oficio; es toda la Iglesia la que participa en la muerte y resurrección de su Salvador, y nosotros en ella. Esta participación no es fruto de un esfuerzo del espíritu o de la imaginación; es objetiva, es ,decir se desarrolla por efecto de su propio dinamismo y no por efecto de una industria humana, como lo son las devociones privadas.

Qué ampliación de nuestras perspectivas implica esto y qué profundización de la fe, si al menos, por la estima que tenemos de la acción litúrgica y de su eficacia soberana, consentimos en dejar que viva y se cumpla en nosotros la obra divina de nuestra redención. Es entonces cuando la elección juiciosa y la tranquila repetición de los grandes textos de la Escritura, su poder de expresión, el arte del canto gregoriano, los sacramentos y los misterios de la vida de Cristo, que pasan y repasan sin cesar ante nuestros ojos, imprimen en las almas esa imagen del Hijo que las transforma y las reconcilia con el Padre.

¡Felices, cuatro veces felices las almas formadas en la escuela de la santa liturgia! Ella es la alegría de Dios y de los hombres. Nos ofrece, si lo queremos, un remedio para las tristezas del exilio y nos da un anticipo de la eternidad.